

sobre el amor y pasan rápido a preguntarse cuál sería el crimen que nunca se permitirían cometer. Todos coinciden en que nada más punible que el robo, el robo a un amigo, porque implica algo más vil incluso

que el asesinato: la traición. *El tatuador* nos lleva a la “época en la que los hombres rendían culto a la noble virtud de la frivolidad”; Seikichi, virtuoso tatuador, tiene una obsesión: completar la belleza de una mujer, elevarla, tiñendo su piel. La belleza de ésta no podía ser sólo física, buscaba una mujer virtuosa. Algo parecido al



hallazgo sucedió cuatro años después: junto a un restaurante vio un pie desnudo de mujer, y convencido de que las partes contienen las propiedades del todo, supo que un pie así: perfecto, hermoso, noble, diseñado para pisotear al resto de los hombres, sólo podía pertenecer a la mujer que buscaba. Lo perdió, no obs-

tante, y sólo un año después la virtuosa llegó a su puerta por azar. La técnica que Seikichi usaba era especialmente dolorosa, pero Seikichi necesitó de muy poco para convencer a la muchacha de que el tatuaje la revelaría y la elevaría ante las otras, y quizá sea por eso que la escuchamos decir: “Puedo soportar cualquier cosa por la belleza”.

No sólo sobre la debilidad de los hombres ante lo bello tratan los relatos. En el capítulo veintiuno de *La historia de Genji*, Genji envía una carta a Asagao, la ex sacerdotisa de Kamo; era día de purificación, su padre había muerto hacía un tiempo y era hora de que ella dejara de vestir de luto y adoptara los colores propios de la tranquilidad que otorga el paso del tiempo, eso le dijo Genji y ella respondió: “Parece que fue ayer cuando sólo vestía el gris del luto/ y hoy semejante pureza significa para mí que todo pasa”, y cierra Shikibu ese intercambio entre ambos con una frase que bien puede contener la idea que sostiene y justifica ese libro de Tanizaki: “la vida es tan frágil”.

► Jhon Isaza
Libélula Libros

Hacia una espiritualidad de los sentidos

José Tolentino Mendonça, Fragmenta. Trad. Teresa Matarranz.

No dejen de leer a José Tolentino Mendonça (cura y poeta). Sí, el mismo de *La escuela del silencio* (Tragaluz). Acabo de leer *Hacia una espiritualidad de los sentidos* (Fragmenta, una editorial tan cristiana como ecléctica). Es apenas el primer capítulo de un libro más ambicioso: *A mística do instante. O tempo e a promessa*.

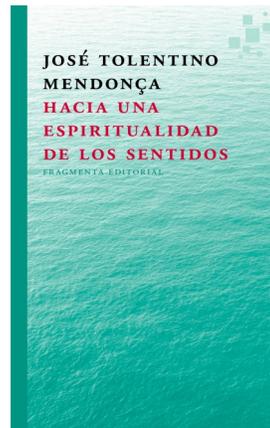
Tolentino se pregunta cuál debe ser el sentido de la espiritualidad hoy. ¿Nos dice algo todavía la mística del alma, esa de San Juan De la Cruz y la noche oscura, Platón y el rechazo de la carne? Tal vez sí. Pero el autor, como Merton y otros místicos del siglo XX, cree que tal vez podamos explorar otra: la mística del instante. El cuerpo, los sentidos, hace parte central del dogma: “¿Dónde experimentamos mejor el Espíritu [del mundo o de dios] sino en el extremo de la carne viva? ¿Dónde encontraremos su soplo sino en el barro?”. Nuestros sentidos están entumidos, cansados, como en los versos de Pessoa: “Estoy cansado, claro, / porque a estas alturas uno tiene que estar cansado. / De qué estoy cansado, no lo sé: / de nada me serviría saberlo / pues el cansancio sigue igual”. Por lo que Tolentino no teme adoptar el

estilo de un manifiesto: necesitamos una “nueva” educación sentimental; cultivar, cuidar y refinar las ventanas por las que percibimos el mundo. Una mística, entonces, que nos permita encarar aquello a lo que escapamos hoy: el luto, la muerte, la enfermedad y la vejez. Hemos bombardeado al ojo y al oído: los sentidos de la lejanía, y descuidado aquellos que evocan y traen la proximidad: el gusto, el tacto y el olfato: la piel. Sentidos que además graban en la memoria recuerdos como ningún otro (la magdalena de Proust, etc.) y que logran derrotar el tiempo: “Walter Benjamin escribió que del reconocimiento de un olor esperamos más que de cualquier otro recuerdo: esperamos nada menos que el privilegio del consuelo, ya que ‘un olor diluye años enteros en el olor que recuerda’”. Pero el, digamos, proyecto de Tolentino no se limita al cuerpo. “Necesitamos una nueva gramática que concilie en lo concreto los términos que nuestra cultura concibe como irreconciliables: razón y sensibilidad, eficacia y afecto, individualidad y compromiso social, gestión y compasión, eternidad e instante”. ¡Y que nos reconcilie con el tiempo! Nuestra mayor crueldad es el tiempo, di-

ce Tolentino. Un Cronos devorador que nos obliga a satisfacerlo con objetos, a llenarlo con la promesa ficticia que encierra toda compra. Tolentino se pregunta por qué si la *“más loca pretensión cristiana no se sitúa en la esfera de las afirmaciones metafísicas [sino que] es sencillamente la fe en la resurrección del cuerpo”*, no lo sentimos como instrumento vital, como instrumento “del deshielo”. *“Los Padres del Desierto decían que abrir las manos, incluso antes de pronunciar palabra alguna, es ya rezar”*. Abrir las manos, estar atentos: ahí está la mística del instante. Qué es un místico, se pregunta Tolentino. Y como reputado teólogo y hebraísta sabe que la respuesta es compleja, *“pero los largos viajes comienzan con un paso corto”*. Así, se aventura a decir que, en esencia, un místico es aquel o aquella que no

puede dejar de caminar.

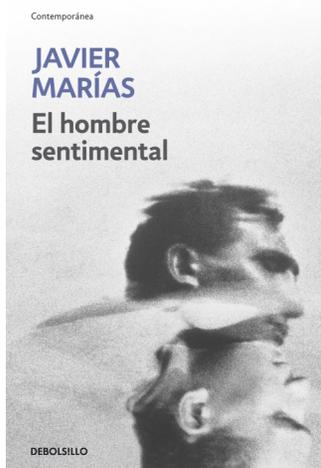
Se alargó la reseña, va la última cita: *“Si nos fijamos bien, continuamente somos desposeídos del pasado y, por mucho que hagamos, no podemos anticipar ni un fragmento de futuro, por ínfimo que sea. Solo nos queda el instante”*. Henri Michaux lo dijo más simple: *“Leo / Veo / Recorro el evangelio de los cielos abiertos”*.



► Christian C. Londoño
Libélula Libros

El hombre sentimental

Javier Marías, DeBolsillo.



“El sueño es una segunda vida”. Las palabras con las que inicia Nerval su *Aurélia* podrían haber sido también las primeras de *El hombre sentimental*. Esta novela es el relato de un sueño que recuerda lo ocurrido cuatro años antes. El narrador, un reconocido cantante de ópera, habla del prelude a su *“historia de amor con Natalia Manur”* (la mujer que ve por primera vez dormida y que parece estar

“aquejada de disoluciones melancólicas”). No sabemos quién es ella, ni tampoco quiénes los hombres que la acompañan en el tren; la primera imagen del libro. Sabremos después que uno de ellos es su esposo que lleva esperando quince años por su cariño. Sabremos después acerca de las palabras que nuestro narrador le dice a Natalia: *“Yo no quiero morir como un imbécil (...) Pero tu muerte sería también la mía”*. La novela es una aclaración de estas expresiones.

Javier Marías cree que el amor es en parte importante memoria y anticipación. Los personajes de su historia representan el recuerdo de lo que ya no es y la expectativa de algo que todavía no ha ocurrido, de algo que no se sabe si ocurrirá. Es en la imaginación

donde transcurre la vida del hombre enamorado, y también la de todos los seres humanos. El tiempo puede ser el consuelo de quienes imaginan la alegría de los momentos pasados y esperan la felicidad venidera. El tiempo, juez que determina el fin de las cosas, puede llevar también a la desesperación al hombre abandonado por la mujer amada (arrebándole la esperanza de una vida feliz) y convierte el pasado, el que no se quiere recordar, en algo imborrable. *El hombre sentimental* es una reflexión sobre el tiempo a través de las imágenes del amor.

Al terminar esta historia el primer recuerdo que tuve fue la declaración del León de Nápoles, el cantante de ópera, sobre el abandono y el desamparo de quien no tiene a alguien que vele su dormir. Marías hace que su narrador relate un sueño, no la fuente, los hechos, de los que éste se nutre. Creo que lo hace para, de alguna forma, convertir a los lectores en vigías. *“Los libros sólo se escriben para, por encima del propio aliento, unir a los seres humanos, y así defendernos frente al inexorable reverso de toda existencia: la fugacidad y el olvido”*. Habrá que añadirse a la hermosa frase final de Mendel *el de los libros* de Stefan Zweig la palabra ‘soledad’. Porque los libros también se escriben como una cura contra eso.

► Andrés Felipe Hurtado Garcés
Libélula Libros